

# Sábado Literario

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

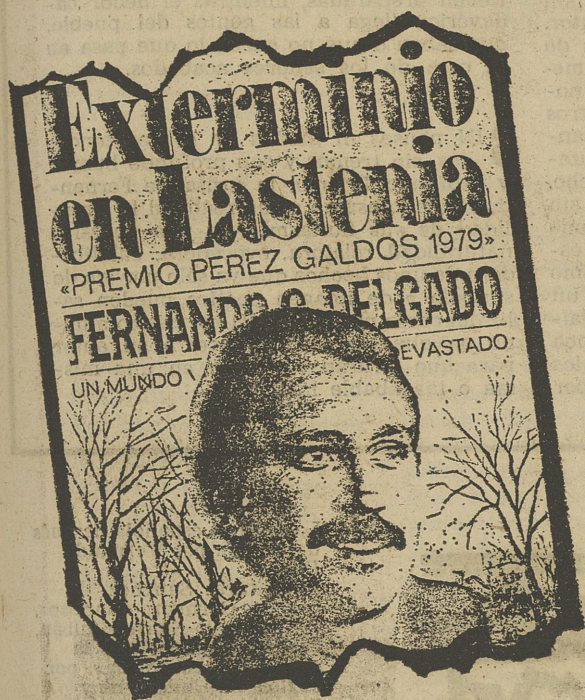
Suplemento semanal  
del diario PUEBLO

Sábado 12 de abril  
de 1980

Escribe DAMASO SANTOS

## FERNANDO G. DELGADO GENUINA REVELACION EN LA NOVELA

• "Exterminio en Lastenia", una proeza de destrucción y reconstrucción



Al doblar la cresta de la ola del «boom» hispanoamericano en los primeros años del pasado decenio se habló de la existencia —en nuevos y renovados autores— de una «nueva novela española», que algunos críticos y algunos editores estimularon. Surgió entonces por primera vez en el archipiélago canario —de casi exclusiva tradición lírica, a pesar del caso Galdós— una voluntad de hazaña narrativa, que se concretó en un conjunto de nombres valiosos y prometedores, dados por igual al experimentalismo y a la radicación terruñera. La explosión juvenil de entonces empieza ahora a dar frutos cuajados y algunos tan perfectamente distintivos que podríamos señalar ya como definitivamente epocales, hitos de una nueva generación para la historia. Entre los del grupo canario, el jovencísimo poeta tinerfeño Fernando G. Delgado llamó la atención en 1973 por una novela de amor, melancolía generacional, despero insuleño y parábola y retrato de la ciudad, titulada «Tachero». Al cabo de siete años, y seguramente elaborada en buena parte de este tiempo, nos llega su segunda, «Exterminio en Lastenia» (Plaza & Janés), que ha sido galardonada con el premio Pérez Galdós. Su prologuista, Domingo Pérez Minik, encuentra una clara vinculación entre las dos, pero con un salto cualitativo tan grande que la hace pensar en la existencia de un eslabón perdido, de una novela intermedia, oculta tal vez, sin concluir por las carpetas, que sirva de transición.

Yo quiero decir y destacar en estas páginas que estamos ante una genuina revelación. Fernando G. Delgado ha realizado una de esas proezas que sólo de tiempo en tiempo se han dado en la novela y que, por excesivas a las exigencias y condiciones de la demanda, solamente han sido toleradas, consentidas y celebradas por entenderlas como una broma, un juego paródico, una ocurrencia satírica de humorista. Una de esas novelas que, como dice Alejo Carpentier, suelen hacer exclamar: «¡Pero si esto no es una novela!». Y resultan ser las mejores, las más originales, las que marcan un nuevo derrotero. Habrá pocas tan voluntariamente novelescas como «Exterminio en Lastenia». Mas la primera parte de la proeza para su consecución ha constituido en haber desalojado previamente todas las maquinaciones argumentales por encajar-se en las formas tradicionalmente acepta-

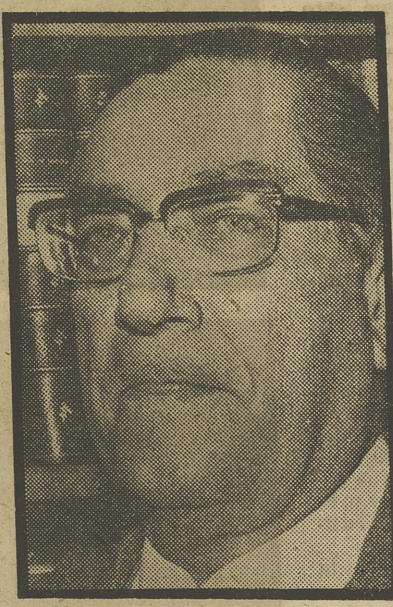
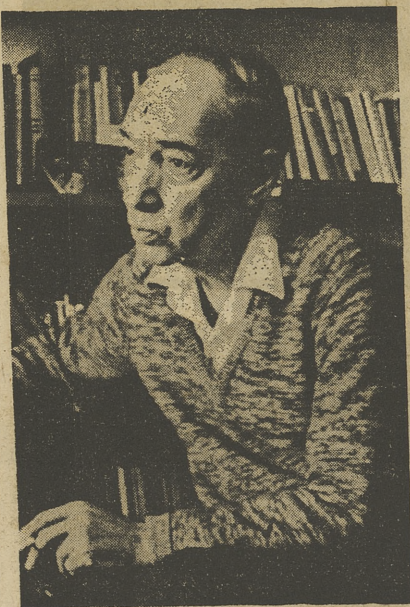
En Zaragoza

## XXV EDICION DE LOS PREMIOS DE LA CRITICA

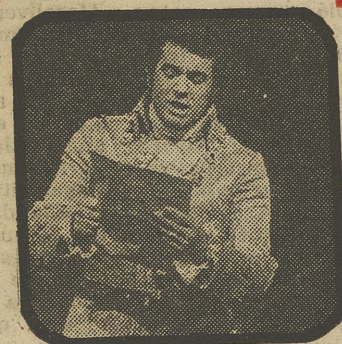
El XXV aniversario de los Premios de la Crítica, que en Zaragoza comenzaron, se ha conmemorado en la misma ciudad, volviendo a fallarse los de este año. Vinimos aquí durante unas cuantas veces, después pasamos a Barcelona y se fijó durante años en Sitges. El año antepasado volvió a la sede original, y el pasado tuvo lugar en Murcia. Hemos comprobado todos que al cabo de veinticinco años, con incorporaciones en el jurado y la desaparición de algunos otros, la pasión y la serenidad final en las discusiones tienen las mismas características de siempre. Se ha querido para la celebración que una parte del jurado estuviera formada por el núcleo fundacional y el resto integrado por elegidos a través de la Asociación de Críticos Literarios, presidida por Guillermo Díaz-Plaja. La Corporación municipal de Zaragoza ha sido patrocinadora entusiasta, y actuó como presidente del jurado quien fuera secretario original y presidiera en varias ocasiones anteriores, el crítico zaragozano Luis Horno Liria. Fue invitado de honor Tomás Salvador, el novelista de tantos años ya alejado de la crítica que fue el autor de la idea.

Como se sabe, además de los tradicionales premios en lengua castellana, que alguna vez fueron entremezclados con libros en catalán, de unos años a esta parte se estableció el fallo simultáneo en poesía y novela sobre libros en gallego, euskera y catalán. El procedimiento ha sido contar con la presencia de representantes de estas lenguas que tras deliberaciones hechas por una comisión en cada uno de estos países nos ofrecen la propuesta para la aprobación general. Naturalmente que los representantes de esas

lenguas no castellanas, en caso de asistir —algunos muy tradicionales también en los fallos de castellano— votan también en la lengua que usan generalmente todos los españoles. Quiero empezar precisamente la crónica hablando de estas otras literaturas españolas en homenaje a la perfección y el rigor con que han procedido las comisiones para la emisión de informes detalladísimos y



- Castellano: **ONETTI Y ROSALES**
- Gallego: **CUNQUEIRO Y MOREIRAS**
- Euskera: **LEKUONA Y ARRIETA**
- Catalán: **JOSEP PLA Y MARTI POL**



PLACIDO DOMINGO

El próximo día 19, Plácido Domingo —madrileño de posguerra, tenor de los grandes teatros del extranjero— clausurará su brillante temporada en el Metropolitan Opera House de Nueva York. «Otelo», «Tosca», «Un ballo in maschera» y «Manon Lescaut»; los extremos más disímiles, gloria, tan sólo, para cantantes de extraordinarias facultades. A raíz de «Otelo» y de «Tosca» el crítico del «New York Times» (en Nueva York estas cosas todavía son posibles a la par que verdaderas) dictó su veredicto: Plácido Domingo, el tenor español, es el mejor del mundo.

Domingo vuelve a España a estrenar una obra española. Una ópera de Torroba sobre la vida de Espronceda. Como nadie —y mucho menos un tenor de ópera— es profeta en su tierra madrileña, el mejor tenor del mundo, a tenor del «New York Times» (valga perfectamente la redundancia) habrá de revalidar su título ante la única crítica que le sa puesto de «chupa de dómene», la de aquí.

A la espera, pues, del embarazo inminente de más de un crítico, mantuvimos con Plácido Domingo una conversación que se inició en su camerino del Metropolitan, interrumpidos constantemente por los grandes de la tierra, que aquella noche, encabezados por Lauren Baccall, venían a rendirle pleitesía tras asistir extasiados a su «première». En la conversación que sigue, se trenza el canto con el desencanto del gran artista español triunfante en la capital del arte.

(Pasa a la última pág. de este suplemento.)



# FERNANDO G. DELGADO

das y toda referencia inmediatamente reconocible —histórica, social, psicológica— a una tratable realidad de la convivencia humana incluso la del mundo de los sueños. La segunda parte, después de esta operación destructiva, cercenadora, es la reconstrucción argumental sustentada en un ritmo narrativo propio y un lenguaje reprimado. Sé que estoy hablando en términos que aluden a lo pretextual, a la anterioridad de la escritura, a lo intencional —al menos en lo dicho en primer lugar— del autor. Pero ello es perfectamente legible por deducción y transparencia en el texto, aunque el autor no describa el proceso, que es lo que suele hacer, simplemente, el puro experimentalismo. Debía tratarse aquí, y al fin se hace, de una historia familiar de esas que han dado lugar a grandes novelas que, como siempre, reflejan y simbolizan una decadencia, una destrucción de grupo sucesorio, un aniquilamiento por agentes internos y externos a través de peripecias y discursos de crítica social, política, moral, religiosa y situacional en lo psicológico y en lo histórico-temporal. Recordemos, por ejemplo, «La saga de los Forsyte», de Galsworthy; «Los Thibault», de Roger Martin du Gard; «El misterio Frontenac», de Mauriac; «Los Buddenbrook», de Thode Duhamel; «Los Buddenbrook», de Thomas Mann, en cuyas páginas se está escuchando continuamente el signo destructor de la carcama; los mismos Buendía de la fantástica creación de García Márquez en «Cien años de soledad», que cita también el prologuista.

FERNANDO G. Delgado, al anular toda la encarnadura primaria de una crónica familiar muy pensada y fundamentada, se ha quedado con el laberinto de los nombres y apellidos —en general, de sonido italiano, con algún español, francés y alemán, tal vez inglés y catalán: Bonelli, Martinelli, Lombardi, Trepí, Müller, Clarins, Cosme, Fayer, Misnou—; algunos topónimos, una localización que puede ser italiana y un tiempo indudablemente cercano. Ha desalojado el argumento lineal y sus meandros anecdóticos de la represión, las hipocresías, las ideas fijas, los incestos de un realismo «in nuce» y lo ha reconstruido en fantasmas cuya historia se nos cuenta fantasmalmente, laberínticamente por la relación de un personaje, que como el de Juan Rulfo en «Pedro Páramo» camina entre sombras es él mismo. El narrador es un fantasma en la vorágine, aunque disponga ocasionalmente de su estancia en el palacio de su tutor y amante, rodeado de una alta sociedad. Otro pretendido distanciamiento —que suple el recurso del «manuscrito hallado», es la crónica escrita de otro personaje, cabecera de estirpe y en la que incide el narrador primero, así como la lectura y comentario de un reportaje periodístico en que se reflejan hechos o suposiciones de ellos trascendidos a la calle por su insoliteza, su novelesca rareza.

PERO el esfuerzo de reconstrucción diferente no se queda aquí. Tiene que alcanzar, una vez conseguido el espacio narrativo propio —mítico y fantasmal,

ya lo sabemos—, la auténtica apariencia de una realidad normal que se consigue en el continuum de una textura lingüística, que hace flexiblemente natural la peripecia fantasmal y sus discursos que repite y borra dibujos en el vacío mondriano con escenas y escenas de erotismo, escatología, milagrería y rasgos tugaces y repetidos de una crítica moral y social. Todo en una danza esperpéntica va deslealana de la muerte; esperpento no como el vallainclaniano, con muñecos, sino con inaprensibles fantasmas —estos «muertos obstinados» se dice— que son ya así a fuerza de circular con sus obsesiones, personajes de consistencia, como los pueden ser los personajes de novela.

SIN duda que todo este bullir de desencarnación y otra forma de encarnación por la sola carnalidad han nacido sin precedente, de la imaginación del autor. Pero hay que pensar para la decisión de ponerlos narrativamente en pie en la mejor línea de la novela fantástica: la novela gótica, Poe, Schewod y los otros simbolistas, como los modernos fatansadores como Borges, Italo Calvino, Cunqueiro, García Márquez, Juan Peruchó, Rulfo, Cortázar, Bioy, Juan Benet, sin parecerse directamente a ninguno. Como es de una originalidad asombrosa la estructuración del relato que opera como un aliciente más de la narración y un elemento especial para conseguir «le plaisir du texte». En esta familia que entronca dos principales estirpes —los Cosme y los Bonelli—, el relato discurre y voltea por

un esquema barroco y manierista en parejas de historias similares, hasta intercambiables, y realmente intercambiadas a menudo, especialmente en las femeninas con el binario opresión —venganza (Lucrecia y Mirta Bonelli, Eva y Macrina Cosme como figuras centrales) para terminar también emparejados y hasta confundidos—, llevando el mismo bastón por el cementerio, viéndose ambos el mismo muerto en el espejo —el narrador Ginés Fayer Cosme y su pariente Ginés Lombardi Bonelli—, que también interviene como relator. Ambos asisten fantasmalmente al rito memorial del exterminio y la expiación; al misterio de esos muertos obstinados, que muertos y todo, como Eva y Lucrecia, se resisten a aceptar la caja de nogal y la tumba ornamentada que sus hermanas vengativas les tienen preparadas, mientras el hedor cadavérico llega a las gentes del pueblo, que saben o que no saben lo que pasa en la casa de los señores acabados.

SIN pausas ni guiños de sobreentendidos, sin tremos y con profundo humor y profundo lirismo, la prosa de Fernando Delgado asume como realidad la irrealdad de sus fantasmas en una sucesiva naturalidad relatora, evocadora, calaficadora de unos hechos que ya sólo por vía de símbolo y de imagen poética pueden salir del cerco narrativo, del hermético mundo en que los creó y encerró su autor para que giraran sin cesar en una misma e inacabable historia.

## PREMIOS DE LA CRITICA

aleccionadores. Y también, sencillamente, porque se empezaron las votaciones con ellas. Fue Basilio Losada quien habló primero sobre literatura gallega. En estas páginas un reciente artículo de nuestro colaborador Miguel González Garcés, habló de los que, efectivamente, saldrían ganadores: Alvaro Cunqueiro, con un sensacional libro de narraciones, «Os outros feriantes», donde la prosa gallega alcanza su máxima plenitud. Curiosamente, Cunqueiro tiene también el Premio de la Crítica en Castellano, por su versión al libro inicialmente escrito en gallego, «Crónicas del Sochantre». En poesía, «O libro dos mortos», de Eduardo Moreira, que igual que el de Cunqueiro ya ha sido dado a conocer días pasados. Moreira, nacido en 1914, empezó escribiendo en castellano y promoviendo revistas de gran apertura en alguna de las cuales aparecieron los primeros versos de Blas de Otero. Después ha sido un continuo cultivador del gallego y el libro premiado es de una enorme originalidad.

POR lo que respecta al premio en euskera, el informe de Santiago Aizarna fue impresionantemente exhaustivo. Empezó refiriéndose al enorme salto editorial de obras literarias en esta lengua: 242 títulos en el año, frente, en los anteriores, a 77, 79, 95 y 191. Quedó premiado en poesía el libro «Ilargiaren skolan», de Juan Mari Lekuona, libro que engarza —son palabras de Aizarna— con los moldes universales de la poesía, desdeñando todo tipo de oportunismos y modas. En novela, la titulada «Abuztuaren kinke Eco bazcalondoa», de Juan Agustín Arrieta, con características muy parecidas a las que definen al libro de poesía: novela de tema tan arraigado en la tierra como universal de técnicas y argumento.

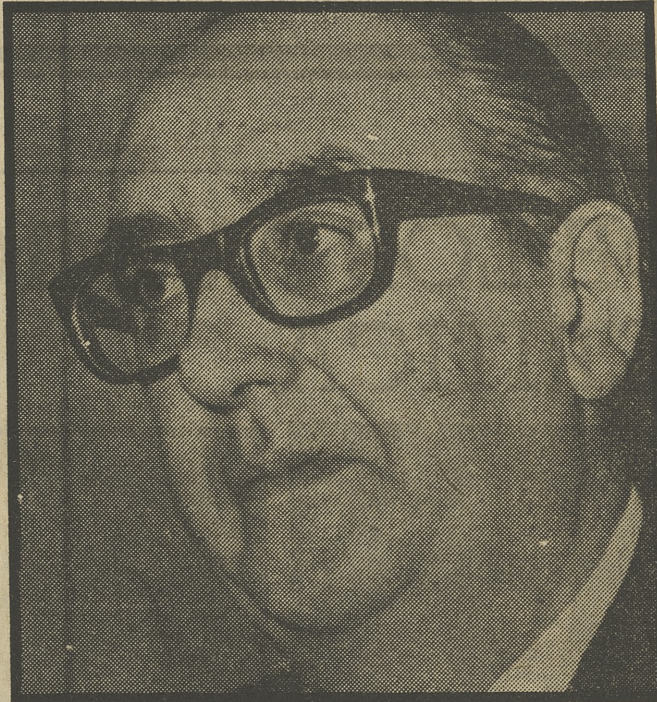
FALTO este año por enfermedad el portavoz y miembro fundador de los premios, Juan Ramón Masoliver, para el catalán. El informe fue realizado por Joaquín Marco y ofreció a todos la alegría de poder premiar a un libro fresquísimo de este soberano autor que es Josep Plá, libro de narraciones de profundo lirismo, titulado, también con originalidad, con una palabra de su invención: «Notas de Capvestrol». En poesía, un poeta de novedad y buena andadura —le anduvo cerca Vignoli, que ya tiene este premio— Miquel Martí Pol, con «Estimada Marta».

RESULTO en castellano lo que parecía cantado y se cantó en efecto, entre discusiones y votaciones muy complejas: en poesía, Luis Rosales, con el libro del que se ha hablado extensamente aquí, «Diario de una resurrección»; y en novela, el uruguayo Juan Carlos Onetti, con «Dejemos hablar al viento», cuya primicia ofrecimos fotocopiando en estas páginas algunas pruebas de imprenta y de la que habló nuestro Leopoldo Azancot, que tuvo la gentileza, como miembro del jurado, de retirar una novela suya que estaba seleccionada y muy preferida, su espléndida «Fátima».

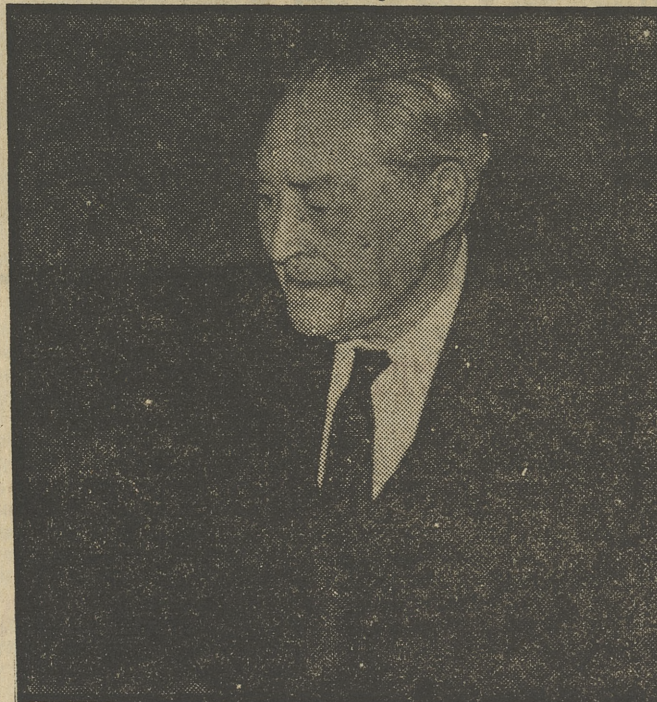
En lo primero anduvo la cosa discutida con poemarios de Villena, Colinas, Canales, Sahagún, Miguel Fernández, Badosa y Ana María Navales. En novela, Cabrera Infante, Carpentier, Tusquets, Ramón Hernández, Isaac Montero, Iturralde...

HUBO un coloquio público sobre la novela durante estos veinticinco años, que resultó de una gran viveza y a la hora en que escribo, todavía no se ha celebrado otro sobre la poesía en el mismo periodo. Concluirán los actos con una asamblea general de la Asociación de los Críticos Literarios.

DAMASO SANTOS



Alvaro Cunqueiro



Josep Plá



### ARBOR

El número 407 de esta revista de ciencia, pensamiento y cultura, que edita el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ofrece los interesantes trabajos que indica el sumario que publicamos a continuación: estudios: «Relectura de Azaña sobre Villalar», por Pedro Rocamora; «China, una revolución de campesinos», por Guillermo Díaz-Palja; «Jacobina de Inglaterra y el holocausto» de minorías disidentes, por Vidal Abril Castelló. Temas de nuestro tiempo: «Revolución sexual y matrimonio», por Niceto Blázquez, O. P.; «Rudolf Virchow: el antropólogo y el arqueólogo», por Carlos E. Haller, y «Perspectivas de la pesca mundial a medio y largo plazo», por Manuel Gómez Larrañeta. Notas: «La gran crisis de la civilización industrial», por Manuel Calvo Hernando; «Bodas literarias de Fernando Namora», por Sol Burguete; «José María Alfaro y su retorno a la poesía», por José García Nieto, y «Mariano Roldán, ¿por erótica o amatoria?», por M. García Viño. Información científica internacional: El potencial científico-técnico en la U. R. S. S. Libros: «Introducción a la literatura medieval española», por José A. Miguez, y «Arte hispánico», por Jesús Valiente Malla. Filosofía: Abellán, José L.: «Panorama de la filosofía española actual», por Carmen Valderrey, Raley, Harold: «La visión responsable. La filosofía de Julián Marías», por Carlos E. Haller, y Mermall, Thomas: «La retórica del humanismo.

La cultura española después de Ortega por Fernando Ponce.

Literatura: Sánchez Espeso, Germán: «Narciso», por Eugenio Suárez-Galbán, Di Filippo, Luis: «En la ruta de la concordia», por Carlos E. Haller, Bioy Casares, Adolfo: «Navegar mares prohibidos», por Manuel Gorriz Villarroya, Wells, Stanley: «Shakespeare. The Writer and his Work», por Cándido Pérez Gallego y Anónimo: «Un marido entre dos mujeres», por Inocencia Rodríguez Mellado. Historia: Varios: «La economía agraria en la historia de España, comercialización», por Celina A. Lertora Mendoza y Atienza; «Juan G. Guía judía de España», por Inocencia Rodríguez Mellado. Demografía: Cipolla, Carlo M.: «Historia económica de la población mundial», por Clemente Herrero Fábregat, y «Poblaciones de derecho y de hecho de los municipios españoles. Padrón municipal 1975», por Clemente Herrero Fábregat.

### «LETRAS»

Un grupo encabezado por Santiago Muñoz y Tomás March inició, hace poco más de un mes, en Valencia, la aventura de una revista —hoja la llaman ellos— de información y crítica literaria. Entre los colaboradores un importante ramo de poetas —Guillermo Carnero, Francisco Brines, Luis Antonio de Villena— y narradores como Josep Luis Seguí y Ernesto Parra (por el momento). En el ejemplar de febrero, Guillermo Carnero estudia la obra del poeta Alvarez Ortega; César Simón comenta el último libro de J. Angel Valente, Ventura Meliá escribe sobre Gil Albert, Miguel Más analiza «El infierno», de Henry Barbusse; Manuel Peris hace la crítica del libro de J. Martínez Revete «Demasiado para Gálvez», y Ernesto Parra reflexiona sobre la obra de Thomas Pynchon. Entre las secciones habituales: la amplia bibliografía en catalán y castellano, el divertido chismorreo de Mercè Villanova y espléndidos dibujos de El Persa, María Montes y Alfredo Aguilera.



**NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN (1737-1780)**

**C**ELEBRASE, con motivo del centenario de Nicolás Fernández de Moratín, un simposio internacional en Madrid sobre este autor, de gusto a la francesa, de olvidadas tragedias neoclásicas y recordado, sin embargo, por la frescura de su poesía lírica, inspirada en temas tradicionales españoles, como es esta FIESTA DE TOROS EN MADRID, que reproducimos.

MADRID, castillo famoso que al rey moro alivia el miedo, arde en fiestas en su coso por ser el natal dichoso de Alimén de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar, de la hermosa Zaida amante, las ordena celebrar, por si le puede ablandar el corazón de diamante.

Pasó, vencida a sus ruegos, desde Aravaca a Madrid; hubo pandorgas y fuegos, con otros nocturnos juegos, que dispuso el adalid.

Vinieron las moras bellas de todas las cercanías, y de lejos muchas de ellas:

las más apuestas doncellas que España entonces tenía.

Aja de Getafe vino, y Zahara, la de Alcorcón, en cuyo obsequio, muy fino, corrió de un vuelo el camino el moracel de Alcabón.

El ancho circo se llena de multitud clamorosa, que atiende a ver en la arena la sangrienta lid dudosa, y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó sus dorados miradores, que el arte afiligranó y con espejos y flores y damascos adornó.

Añafiles y atabales, con militar armonía, hicieron salva, y señales de mostrar su valentía los moros más principales.

No en las vegas de Jarama pacieron la verde grama nunca animales tan fieros, junto al puente que se llama, por sus peces, de Viveros, como los que el vulgo vio ser lidiados aquel día; y, en la fiesta que gozó, la popular alegría muchas heridas costó.

Salió un toro del toril y a Tarfe tiró por tierra, y luego a Benalguacil; después con Hamete cierra, el temerón de Conil.

Traía un ancho listón, con uno y otro matiz hecho un lazo, por airón sobre la enhiesta cerviz clavado con un arpón.

Todo galán pretendía ofrecerle vencedor a la dama que servía:

por eso perdió Almanzor el potro que más quería. Todos miran a Aliatar, que, aunque tres toros ha muerto, no se quiere aventurar, porque en lance tan incierto el caudillo no ha de entrar.

Mas, viendo se culpaba, va a ponerse delante: la fiero le acometía, y sin que el rejón le plante le mató una yegua pia.

Otra monta, acelerado: le embiste el toro de un vuelo, cogiéndole entablado; rodó el bonete encarnado con las plumas por el suelo.

Dio vuelta hiriendo y matando a los de a pie que encontrara, el circo desocupando, y, emplazándose, se para, con la vista amenazando.



Nadie se atreve a salir; la plebe grita, indignada; las damas se quieren ir, porque la fiesta empezada no puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega, y está en medio el toro, fijo, cuando un portero que llega de la puerta de la Vega hincó la rodilla, y dijo:

—Sobre un caballo alazano, cubierto de galas y oro, demanda licencia, urbano, para alancear a un toro un caballero cristiano.

Mucho le pesa a Aliatar; pero Zaida dijo respuesta, diciendo que puede entrar, porque en tan solemne fiesta nada se sabe negar.

Suspense, el concurso entero entre dudas se embaraza, cuando en un potro ligero vieron entrar en la plaza un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color, bello labio, juveniles alientos, inquieto ardor, en el florido verdor de sus lozanos abriles.

Gorguera de anchos follajes, de una cristiana primores; en el yelmo los plumajes, por los visos y celajes, vergel de diversas flores.

En la cuja, gruesa lanza con recamado pendón, y una cifra a ver se alcanza, que es de desesperación, o a lo menos de venganza.

En el arzón de la silla ancho escudo reverbera con blasones de Castilla, y el mote dice, a la orilla: Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galán el bruto más generoso, de más gallardo ademán: cabos negros, y brioso, muy tostado, y alazán.

Larga cola, recogida en las piernas descarnadas; cabeza pequeña, erguida; las narices, dilatadas; vista; feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo que da Betis, con tal fruto pudo fingir el deseo más bella estampa de bruto, ni más hermoso paseo.

Dio la vuelta alrededor; los ojos que le veían lleva prendados de amor: «Alá te salve!» decían. «Déte el Profeta favor!»

Las doncellas, al pasar, hacen de ámbar y alcanfor pebeteros exhalar, vertiendo pomos de olor de jazmines y azahar.

Mas, cuando en medio se para, y de más cerca le mira,

la cristiana esclava Aldara con su señora se encara y así la dice, y suspira:

—Señora, sueños no son; así los ciclos, vencidos de mi ruego y afición, acerquen a mis oídos las campanas de León,

como ese doncel, que, ufano tanto asombro viene a dar a todo el pueblo africano, es Rodrigo de Vivar, el soberbio castellano.

Sin descubrirle quién es, la Zaida desde una almena le habló una noche, cortés, por donde se abrió después el cubo de la Almudéna.

Tal vez a Madrid se acerca con frecuentes correrías y toda en torno la cerca; observa sus saetas, arrojadas y ancha albarca.

Por eso le ha conocido: que, en medio de aclamaciones, el caballo ha detenido delante de sus balcones y la salud, rendido.

La mora se puso en pie, y sus doncellas detrás: el alcaide, que lo ve, enfurecido además, muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero entre el vulgo de Madrid: «No habrá mejor caballero —dicen— en el mundo enteros, y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y el torciendo las riendas de oro, marcha al combate cruel: alza el galope, y al toro busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado desde que le vio llegar, de tanta gala asombrado,

y alrededor ha observado, sin moverse de un lugar. Cual flecha se disparó despedida de la cuerda, de tal suerte le embistió: detrás de la oreja izquierda la aguda lanza le hirió.

Brama la fiero burlada; segunda vez acomete, de espuma y sudor bañada, y segunda vez le mete sutil la punta acerada.

La arena, escarba, ofendido; sobre la espalda la arroja con el hucos retorcido; el suelo huele y le moja en ardiente resoplido.

La cola inquieto menca, la diestra oreja mosquea, vase retirando atrás, para que la fuerza sea mayor, y el ímpetu más.

El que en esta ocasión viera de Zaida el rostro alterado claramente conociera cuánto le cuesta cuidado el que tanto riesgo espera.

Mas, ¡ay, que le embiste, horrendo, el animal espantoso! Jamás peñasco tremendo del Cáucaso cavernoso se desgaja, estrago haciendo, ni llama así fulminante cruza en negra oscuridad con relámpagos delante, al estrépito tronante de sonora tempestad,

como el bruto se abalanza, con terrible ligereza; mas, rota con gran pujanza la alta nuca, la fiereza y el último aliento lanza.

La confusa vocería que en tal instante se oyó fue tanta, que parecía que honda mina reventó, o el monte y valle se hundía.

A caballo, como estaba, Rodrigo el lazo alcanzó con que el toro se adornaba: en su lanza le clavó y a los balcones llegaba.

Y, alzándose en los estribos, le alarga a Zaida, diciendo: —Sultana, aunque bien entiendo ser favores excesivos, mi corto don admitiendo,

si no os dignáredes ser con él benigna, advertid que a mí me basta saber que no le debo ofrecer a otra persona en Madrid.

Ella, el rostro placentero, dijo, y turbada: —Señor, yo le admito y le venero, por conservar el favor de tan gentil caballero.

Y, besando el rico don, para agradecer al doncel, le prende con afición al lado del corazón por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar, el caudillo, de envidia ardiendo se ve, y, trémulo y amarillo, sobre un tremeccén rosillo lozanándose fue.

Y, en ronca voz: —Castellano —le dice— con más decoros suelo yo dar de mi mano, si no penachos de toros, las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra cual vienes de fiesta y gala, vieras que en toda la tierra al valor que dentro encierra Madrid, ninguno se iguala.

—Así—dijo el de Vivar— respondo; y la lanza al ristre pone, y espera a Aliatar; mas, sin que nadie administre orden, tocaron a armar.

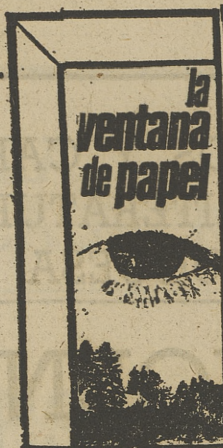
Ya fiero bando con gritos su muerte o prisión pedía, cuando se oyó en los distritos del monte de Leganitos del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y Soto tercio escogido emboscó, que, viendo como tardó, se acerca, oyó el alboroto, y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir por la puerta a su señor, y Zaida a le despedir, iban la fuerza a embestir: tal era ya su furor.

El alcaide, recelando que en Madrid tenga partido, se templó, disimulando, y por el parque florido salió con el razonando.

Y es fama que, a la bajada, juró por la cruz el Cid de su vencedora espada de no quitar la celada hasta que gané a Madrid.



Escribe Guillermo Díaz-Plaja, de la Real Academia Española

**CENTENARIO DE QUEVEDO (3)**

**HOMBRE DE PASIONES**

**H**E señalado la condición paradójica de un intelectual —Francisco de Quevedo— que, al analizar las causas de la decadencia de España, recuerda los periodos de la Edad Media, en la que las armas primaban sobre las letras.

*La robusta virtud era señora y sola dominaba al pueblo rudo «edad, si mal hablada, vencedora».*

Para Quevedo, la lección del imperio romano seguía siendo vigente: a mayor poder, más ocio; a más riqueza, menos heroísmo. Los tesoros que las Indias hacían llegar a España servían para afeminar las costumbres; hacían olvidar los tiempos heroicos:

*Yace aquella virtud desaliñada que fue, si menos rica, más temida en vanidad y en ocio sepultada*

Y, sin embargo, ¿qué duda puede haber en lo que concierne a la identidad de Quevedo con el intelectual? Si intelectual es un hombre de libros, un meditador, un profesional de la cultura, el autor del «Buscón» es un paradigma de sus virtudes. Y también de sus defectos.

Gregorio Marañón ha analizado la psicología de Quevedo en su monumental biografía del conde duque de Olivares, bajo cuyo Gobierno fue preso nuestro poeta. Parecería lógico que, en un enfrentamiento entre el «Poder» y el «intelectual» el biógrafo presentase a este último como a consabida víctima de la tiranía. Pero para Marañón, liberal sin miedo y sin tacha, las cosas no están tan claras. En primer lugar, porque Olivares no era ajeno a la cultura, como lo muestran sus piezas de oratoria y la protección que dispensó a los intelectuales de su tiempo; como lo confirman, además, las piezas adulatorias de Quevedo para su autoridad todopoderosa, como ya hemos señalado en un capítulo anterior.

Pero Marañón, al socaire de esta enemistad, señala estas características del alma quevedesca. «Sus pasiones eran terribles. El mismo se confesaba envidioso. Pasaba con ligereza lamentable desde la adulación a los personajes poderosos a una mortal enemistad, según cual fuese la cuantía de lo que le daban («El Conde Duque de Olivares», cap. XI).

Dentro de esta caracterización se comprende mejor su visión maniquea del mundo, que divide entre «España» y «los demás», y que, en el aspecto religioso, le hace repartir su odio entre los luteranos y los judíos. Los primeros, porque son, junto a los turcos, los paradigmas del «peligro exterior»; los segundos, porque representan «el enemigo infiltrado», ya que —como es bien sabido— después de la «expulsión» de 1492 existía la enorme presencia difusa de los conversos —presumiblemente judaizantes— y, complementariamente, la presión de las comunidades de judíos expulsos que, a través de contactos «subterráneos», intentaban recuperar su condición de españoles. Y es bien sabido que precisamente el conde duque de Olivares pensó en capitular, atrayendo a las poderosas colonias sefarditas de Francia y de Holanda, para restaurar la maltrecha Hacienda del Estado. Por eso, Quevedo ataca en los dos frentes: en el interior, satirizando a los presuntos judaizantes, como el propio Gongora («Yo te untaré mis versos con tocino —porque no me los roas, Gongorilla»), y en el exterior, atacando las supuestas maniobras de una «internacional judía», que se habría reunido en Salónica para conspirar contra España y articular un posible retorno: Como es sabido, éste es el tema del último de los «sueños» de Quevedo, «La hora de todo y la fortuna con seso», uno de cuyos capítulos, «La isla de los Monopantos», describe la indicada reunión y acusa a los judíos de no creer en Dios, sino en el dinero. «No admitimos a Dios en otra moneda, y en ésta admitimos a cualquier sabandija por Dios», declara uno de los conjurados de Salónica.

Para valorar el furor antisemita de Francisco de Quevedo, podemos añadir que la difusión, de este texto alcanzó tal medida, que el ilustre hispanista, J. A. Van Praag demostró, en un docto artículo («Bulletin Hispanique», 1949), que esta ficción española sirvió de modelo a uno de los libelos antijudíos más famosos del mundo: el titulado «Los protocolos de los sabios de Sión», que, a imitación de «La isla de los Monopantos», se inicia con una asamblea de representantes de todas las sinagogas de Europa, esta vez en el cementerio judío de Praga, cuyos dirigentes repiten los mismos argumentos que esgrimen los rabinos del texto español.

He aquí cómo don Francisco de Quevedo, a muchos años de distancia, se inscribe en uno de los temas más polémicos de la historia de la Humanidad.



Escribe:

César VILLAMAÑAN

CON SOTILLOS Y CARCEDO,  
SOBRE LITERATURA  
PORTUGUESA

## CAMOENS Y EÇA DE QUEIROZ



## GLOSARIO MENOR

## CUENTOS Y RECON- TAMIENTOS ARAGONESES

UNO, entre los 200.000 españoles que, según la Prensa lisboeta, «invadieron» Portugal durante la pasada Semana Santa, tuvo la fortuna del encuentro y larga conversación con dos fraternales colegas, extraordinarios profesionales de la radio y la televisión de España destacados, como todo el mundo sabe, en la capital del hermano país: Diego Carcedo y Eduardo Sotillos. En el repaso a todos los temas de la actualidad allí figuró el literario. Dos acontecimientos: los preparativos para la conmemoración del cuarto centenario de la muerte de Camoens (no se sabe muy bien la fecha del nacimiento en torno a 1524, pero sí la de su muerte, el 8 de junio de 1580), en cuyos actos se cuenta con la participación española, y la reciente publicación de una novela inédita de Eça de Queiroz. De la relación Camoens-Garcilaso y toda la poesía del Siglo de Oro me hablaba recientemente Luis Rosales que tan profundamente la ha estudiado. Efectivamente, Rosales figura en el programa de actuaciones españolas en Lisboa. Es de esperar que el acontecimiento —que fue el primero en destacar entre nosotros en sus, que espero ver pronto, páginas de «Informaciones» Pablo Corbalán— tenga la debida respuesta durante el año en nuestros medios culturales, revistas, páginas literarias de los periódicos y espacios en los medios audiovisuales.

Ello puede contribuir grandemente a que volvamos a encontrarnos de una vez y no se nos quede en promesas, como me decía hace unos años el gran novelista portugués Fernando Namora refiriéndose a los escritores visitantes de España; por parte portuguesa casi ni las visitas siquiera. Ironizaba Eça de Queiroz sobre este asunto diciendo que el portugués que se decidía a ir a Madrid era condecorado con la cruz de Carlos III. Que iba o que se detenía camino de París, pues lo común era bajar, en la travesía española, las persianas del tren. «Madrid —le replicaba yo a Namora —también vale una misa.»

Según mis queridos informadores, la publicación de la novela inédita de Eça de Queiroz tiene su polémica e incluso dos ediciones contrapuestas en la rivalización por la fidelidad a un texto que llevaba más de cien años «esquecido», esto es, olvidado, preterido, menospreciado y que tiene sus dificultades de lectura. La larga novela se titula «A tragédia da rua das Flores» en la edición lisboeta (Moraes Editores) con la fijación textual y anotaciones de Joao Medina y A. Campos Matos, que me ha regalado Diego Carcedo. Su autor tenía también otros títulos sin haberse decidido por ninguno, como tampoco se decidió nunca a corregirla, cuando era tan cuidadoso del estilo y perfección sintáctica. Los otros títulos —los pongo ya en castellano—, «El desastre de la travesía de Caldas», «Los amores de un lindo mozo», «El caso atroz

de Genoveva» o simplemente «Genoveva». Los lectores de las obras completas de Eça de Queiroz en español, publicadas en 1948 por Aguilar, tenemos buena noticia de este libro por el estupendo y largo prefacio del singular traductor Julio Gómez de la Serna. Pero para él, como para tantos, esta obra, de la que su autor decía que iba a ser «una verdadera bomba literaria y moral», quedaría deficiente e intensa en una primera versión, de la que bien corregida y aumentada sería más tarde una de las más admirables novelas suyas, la que se llama «Los Maias».

Como en 1924 se decía en un folleto propagandístico ante el proyecto de editarla a la vez que otras obras terminadas o sin terminar tiene parentesco innegable con «Los Maias», pero difiere esencialmente tanto por la tendencia artística como por la propia intención moral de

la obra. «Los Maias», suavizan el realismo queirosiano hasta tocar el simbolismo; su predecesora ostenta este realismo al máximo y muestra una militancia naturalista, zolesca, exacerbada. ¿Por qué ha tardado tanto tiempo en publicarse? Puede que en principio, tanto por su crudeza y acerba crítica social como por el temor a desprestigiar en algo al artista, lanzado al público y a la crítica sin corregir, sin pulir, un libro escrito a vuela pluma. Por eso, en carta a los editores, el hijo del autor dijera que a partir de entonces, 1924, ya se podrían lanzar las obras inacabadas, pues la fama del escritor era indiscutible, y cada original suyo sería una fiesta para sus admiradores, sin que fuera demérito «la espantosa facilidad» de su padre. Mas a pesar de esto, siguió en el cajón. Quizá los herederos mantuvieron los escrúpulos en torno a su posible inmoralismo o amoralismo. Solamente «cruel», anticiparía Eça. Hoy, el manuscrito es propiedad del Estado...

Parece que la vida literaria está ahora en Portugal más baja que en cualquier otro momento. Esperemos que desde sus tumbas, el primer poeta de sus clásicos y el primer novelista moderno contribuyan enérgicamente a levantarla.

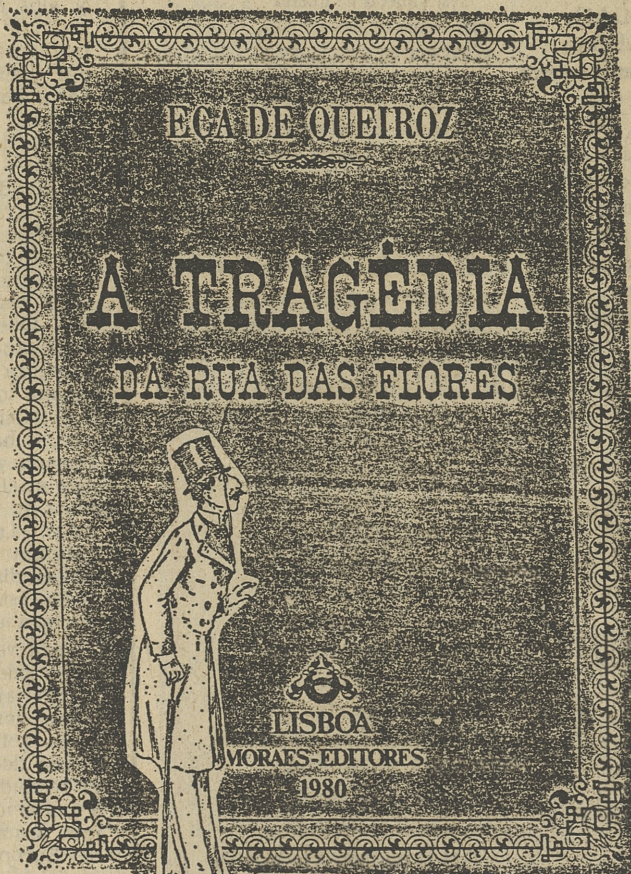
### ● DE LITERATURA ARAGONESA:

CREO que si de verdad participamos en las expectativas literarias, por cada mirada que pongamos en las novedades y cambios ponemos otra en el pasado. De esta práctica recuerdo los años de Zaragoza, entre mediados de los cuarenta y primeros cincuenta. Aunque el entonces muchacho José María Aguirre, editor sorpresivo de cuadernos de poesía, dijera en su impaciencia, que por allí la cultura no llegaba al bordillo de las aceras, lo que él mismo hacía, los convivios, cursillos, coloquios y publicaciones se multiplicaban sobre cuestiones palpitantes del pensamiento, la literatura y el arte. Paralelamente, en el marco universitario o con él relacionado en el ámbito de los periódicos, entidades culturales y publicaciones y tertulias, la investigación y aportación documental y crítica sobre el pasado de las letras aragonesas, que tenía abundantes estudiosos de profesión o afición y nos interesaba a todos. En uno o en otra dedicación, o en las dos a la vez, entonces presentes o ausentes, no puedo menos de recordar a Juan Moneva, patriarca, y en un mundo muy propio, a su fidelísimo discípulo Luis Horno, a los maestros Frutos,

Ynduráin, Bleuca, Ricardo del Arco; a los poetas cabeceros Ildefonso M. Gil y Miguel Labordeta; a los siempre presentes desde Madrid, Severino Aznar, Camón Aznar, como lo era Castán Palomar y Allúe Salvador; al rector Sancho Izquierdo y los Solano, Beltrán y Corona; los hermanos Serrano Montalvo, José Giménez Aznar, Cistué de Castro, Manuel Nerqui, y Emilio Alfaro, Victoriano Navarro, Rafael Gastón... Recibo ahora libros de una colección llamada «Aragón», de la prestigiosa editorial zaragozana Librería General, empeñada en constituir «la biblioteca básica imprescindible para quienes quieran elaborar, desde fundamentos serios y objetivos, una interpretación válida del ser aragonés en el pasado y en la actualidad».

A la historia política, social, económica y artística, a la que están dedicados ya varios volúmenes, no podía menos de añadirse la historia literaria. Dentro de ese grupo, la aportación de Juan Domínguez Lasierra, «Cuentos, recontamientos y conceptillos aragoneses». Un estudio y una antología. El joven estudioso, periodista y escritor Domínguez Lasierra mantiene viva esa doble mirada que decía al principio. Por eso una sensibilidad así acostumbrada ha podido prestar a su trabajo un interés de doble filo, que abre sus brechas por igual en la erudición que en el gusto. Si Moneva creía que por ser verista y crítico, lo contrario de imaginador, el aragonés no estaba dotado para la narrativa, Domínguez Lasierra, sin contradecirle, hará lo que en definitiva hacia en todo el propio Moneva: abrir y organizar el contenido de los arcones, manejando con exactitud toda la bibliografía que recoge esa literatura, la que habla de ella y los estudios generales sobre el género en cada época. Analiza la contraposición entre baturismo y aragonismo, sin descartar, al lado de la polémica, sus concomitancias, la exogenia caricatural del chascarrillo y su endogenia como muestra ingenua o abultada del carácter. Subraya la especificidad folklórica y su mantenimiento —nada notable en lo idiomático dialectal, mas sí, como señala Alvar, en el vigor que presta al castellano— que en un momento pudo dar y dio con «Vida de Pedro Saputo», de Braulio Foz, la nota más peculiar en la narrativa moderna. No podía por menos de destacar Domínguez Lasierra el definitivo estudio de Ynduráin sobre esta singular novela tan anticipadora del realismo costumbrista antes de Fernán Caballero, como prolongadora de ciertos efectos de la picaresca.

Los textos elegidos pertenecen al florecimiento propiamente aragonés, aragonés y baturro. Toda la duración de costumbrismo —ya sabemos que anticipadamente— y su prolongación en algo más que el primer cuarto de nuestro siglo. De creación propia, de repetición más o menos modificada y de recogida de anécdota ocurrente, o sea, chascarrillo. Los autores, por lo general, proceden de la Universidad, como ejercientes de la docencia, un puesto de su licenciatura, o el periodismo. Hay nombres que apenas si traspasaron las fronteras regionales, y otros, que tuvieron reconocida fama nacional. Son Vicente de la Fuente, Braulio Foz, Romualdo Nogés, Teodoro Gascón, Julio Víctor Tomey, Cosme Blasco y Val, Agustín Peiró, Eusebio Blasco, Mariano de Cavia, José María Matheu, Juan Pedro Barcelona, Luis López Allúe, Juan Blas y Ubide, Rafael Pamplona, Gregorio García-Arista, Sixto Celorrio, Alberto Casañal, Manuel Bescós y José Llampayás. Buena aportación este libro a los propósitos editoriales y a esa revitalización, cuento, recuento y muestrario o suma —tan necesarios— del acervo conceptual de nuestras archivadas, olvidadas y enmohecidas existencias literarias, más aún las cercanas que las remotas.





Escribe J. A. UGALDE

**AÑO DE CENTENARIOS**

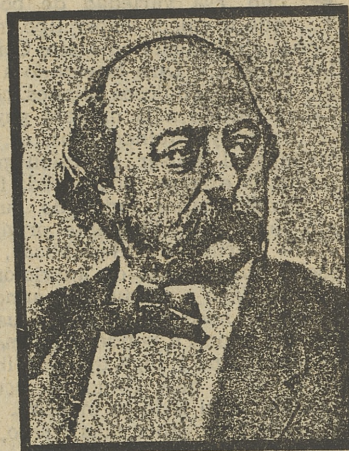
**EN MEMORIA DE GUSTAVE FLAUBERT**

## DE CUANDO ESCRIBIR SE CONVIRTIO EN LA ULTIMA AVENTURA



Flaubert, diseccionando a Emma Bovary. Caricatura de A. Lemot (diciembre, 1869).

**E**l 8 de mayo de 1880, hace casi un siglo, murió Gustave Flaubert de un ataque de epilepsia congestiva. Sin embargo, más que la celebración trivial de un centenario, son las lecturas paralelas de su libro «La educación sentimental» y del «Diario íntimo» de los hermanos Goncourt, en cuyas páginas es asidua la figura de Flaubert, las que animan este comentario. Tratar de encontrar aspectos inéditos de Flaubert, cuya obra ha recibido una atención crítica monumental y ha atraído, por ejemplo, a un Sartre y a un Vargas Llosa, tendría escaso sentido en estas líneas; más vale dejar correr caprichosamente la pluma y recoger las sugerencias despertadas por sus libros e incluso los valiosos recuerdos de quienes le conocieron.



**A**NTES que «La educación sentimental», Flaubert había escrito «Madame Bovary» (1856) y «Salambó» (1861). La primera y tal vez la más conocida de sus obras desbordó los registros psicológicos de la literatura realista que Balzac y Stendhal habían convertido en quintaesencia novelesca. El libro desveló, de nuevo, los abismos pasionales del alma femenina que, tal vez desde el virtuosismo de las escritoras del siglo XVIII, carecía de un espejo literario suficientemente dúctil y preciso. Basada en la vida real de Eugène Delamare, la amarga novela fue acusada de inmoralidad, su autor y editor procesados y, al fin, indultados. Molesto por el proceso, Flaubert se entregó a la redacción de un tema histórico, la civilización cartaginesa, remoto en el tiempo y en el espacio y el resultado fue la fría y reumbrante joya de «Salambó», libro escrito desde una especie de objetivismo fantástico y taxonómico con los recuerdos de su viaje de 1849 a tierras de Oriente, las sugerencias de una visita al escenario de la novela e ingentes cantidades de notas extraídas de investigaciones y lecturas. En enero de 1860, cuando culminaba la escritura del libro, Flaubert confesó a los Goncourt que «Salambó» era «un hartazgo de haschich histórico»; y añadió melancólicamente: «Después de todo, el trabajo es todavía el mejor medio de escamotear la vida».

### ● RECUERDOS DE LA FRANCIA REVOLUCIONARIA

**L**A educación sentimental», publicada en 1869, relata los largos amores del joven burgués Federico Moreau y la casada María de Arnoux. Se trata de un libro de considerable contenido autobiográfico, en el que se reúnen y mezclan la novelada pasión del propio Flaubert por la señora Elisa Schlesinger y la recreación de la juventud, esperanzas y desilusiones de la generación del escritor, cuyos miembros participaron en la oleada revolucionaria de 1848.

Enfocada como novela de costumbres amorosas, «La educación sentimental» desvela las fórmulas tardías y degeneradas del mito europeo del amor-pasión: se trata de relaciones adúlteras, ardientes más allá de la posesión física, recíprocas y alentadas por un sinnúmero de obstáculos que separan a los amantes. Sin embargo, el pudor, la dilatada ocultación mutua de su amor y su idealizado platonismo convierten la relación en un amor-pasión blanco que pierde su cualidad de exceso ilimitado, de religión de amor. En lugar de consumarse e ingresar en su canónico destino trágico, a la manera de Emma Bovary, los amores de Federico y María terminan por transformarse en nostálgicas brasas de un fuego que apenas ardió y que servirán para caldear el frío ingreso de ambos amantes en la vejez.

Pero la extensa y titubeante evolución

de Federico Moreau, respunteada por otras relaciones amorosas más carnales y contractuales, permite a Flaubert trazar un fresco inigualable de la sociedad de la época. Sin exageración, puede decirse que el libro es un exhaustivo documento etnográfico y antropológico de aquellos años. Las clases sociales, gremios y escenarios urbanos circulan ante la mirada, más bien indolente, de Federico Moreau: las discusiones políticas, éticas y estéticas, las sevicias del dinero y del poder, el ascenso de las corrientes revolucionarias, las costumbres de los salones aristocráticos y burgueses, la vida bohemia de los cafés, el mundo del teatro y del periodismo, las orgías organizadas por las mantenidas con el dinero de sus mecenas, el «spleen» que ataca a los intelectuales, las modas, las costumbres, las diferentes maneras sociales, todo esto y muchos otros aspectos de la vida, plagados de detalles, rebosan en este relato, que se convirtió en Biblia de los naturalistas y del que el crítico Banville dijo algún tiempo después: «Toda la novela contemporánea tenía allí su origen».

Detengámonos un momento en la descripción de los sucesos de la revolución de febrero. Tras la toma del Palais Royal, el despojo de las cámaras reales por el pueblo y la proclamación del Gobierno Provisional republicano, Flaubert describe la alegría popular por el derecho reconquistado, la proliferación de caricaturas del destronado Luis Felipe, «las representaciones de esto o de lo otro que iban a reclamar cualquier cosa al Ayuntamiento», la improvisada puesta en marcha de la nueva máquina estatal, el cambio de chaqueta de muchos pudientes, simbolizados en el financiero Dambreuse. El propio Federico Moreau, animado a presentarse candidato a las elecciones de su distrito, «se sintió conquistado por la locura universal».

Según se adentra en los sucesos de marzo y abril, Flaubert carga las tintas de su desconfianza y su sarcasmo: mien-

tras cualquier badulaque (como el actor Delmar) se siente llamado a la redención universal, la mayoría espera ingenuamente que el nuevo Gobierno, por su misma irrupción, solucione todas las miserias al tiempo que se queja de los impuestos y critica a los ministros por su debilidad. Los clubs, los famosos clubs parisienses, merecen atención especial: conducidos a un nuevo apogeo, agrupaciones de todos los signos, tribunas furibundas o moderadas, utópicas o posibilistas, se adentran y enfrentan en programas conspirativos, planes sociales, programas radicales, propuestas nacidas del abanico de exasperaciones. Flaubert transmite con abundancia naturalista y riqueza de matices la babélica confusión, sátirica con saña lo que llama «necla batahola» y sus objetivos se perfilan: fustigar la estupidez humana allí donde se encuentre; desentrañar lo valioso y lo sórdido que, en extraña mezcla, afloran en los acontecimientos humanos; desvelar la reproducción de lo yerto y la propagación de lo falso que se cuelean en el ambiente con pretensiones de novedad revolucionaria; relativizar las motivaciones de los actos humanos más allá de las ideologías sociales en que se enmarcan y más allá de los fanatismos maniqueos en el enjuiciamiento de la conducta humana.

### ● ETICA Y ESTETICA DEL ESCRITOR

**D**ICE Borges en un ensayo sobre Flaubert: «Fue el primer Adán de una especie nueva: la del hombre de letras como sacerdote, como asceta y casi como mártir.» El argentino apica esta hipótesis a la ambición estética de Flaubert, quien dijo: «La novela espera a su Homero», y vivió creyendo que, más allá de las corrientes de la escritura, hay un modo exclusivo de contar cada cosa. El libro que he comentado, «La educación sentimental», revela que en el escritor

francés, ética y estética, se alían; comprensión y expresión forman parte de un solo proceso, en el que la escritura es método y fin: tarea sagrada, laboriosa y objeto de un culto total, la escritura se convierte con Flaubert en iluminación de la múltiple, sutil y polivalente esencia humana, en acopio de su diversidad y trabado examen de su complejidad. Como las antiguas vestales romanas, Flaubert se dedica por entero al cuidado de ese fuego de la prosa que siente arder en su interior, y lo hace con paciente entrega, con minuciosa pasión, con dedicación retirada y salvaje, que llegó a hacerse arquetípica y de la que ofrecen muestras dos siguientes recuerdos de los hermanos Goncourt: «Pasa cuatro o cinco meses en París, no yendo a ninguna parte, visitando sólo a algunos amigos, llevando la vida de oso que llevamos todos. Esta osería del literato del siglo XIX es curiosa cuando se la compara con la vida mundana de los del siglo XVIII.» Y en otra página: «Flaubert cuenta que, durante estos dos meses en que ha vivido encerrado, el calor le había dado como una borrachera de trabajo y que había trabajado quince horas diarias. Se acostaba a las cuatro de la mañana y se asombraba de encontrarse en su mesa algunas veces a las nueve.» El lector juzgará si tales excesos merecen el sustantivo «trabajo» en su exacta acepción. En todo caso, el propio Flaubert confiesa en 1875 a Elisa Schelesinger: «Escribo por el solo placer de escribir, para mí solo, sin ninguna finalidad de dinero o publicidad. En mi pobre vida, tan vulgar y tranquila, las frases son aventuras y no cojo otras flores que las metáforas.»

Mi generación leyó, supongo, las obras de Marx aproximadamente hace unos doce años y, entre ellas, «El 18 Brumario de Luis Bonaparte» que analiza el mismo período revolucionario que la obra de Flaubert. En cambio, dudo que haya demasiados lectores de «La educación sentimental» entre esa generación y las posteriores, y es una lástima, porque ambas visiones, ambas miradas de aquella realidad, debían ser complementarias para cualquiera en el trance de la adolescencia. La segunda edición del libro de Marx es de 1969, el mismo año de la aparición de «La educación sentimental», y en el prólogo dice el revolucionario alemán que de las obras de la época escritas sobre el mismo tema sólo dos son dignas de mención: «Napoleon le Petit», de Víctor Hugo, y «Coup d'Etat», de Proudhon. No sé si posteriormente Marx leería la obra de Flaubert, ni si éste llegó a conocer el texto del alemán. En cualquier caso, para nosotros deberían ser, ambos, sendos paradigmas, sendos textos capitales, suerte de dos piernas necesarias para no cojear por los avatares de la vida.



Edmond y Jules de Goncourt. Litografía de Gavarni.



Escribe Eduardo BRONCHALO GOITISOLO

## LA ARTISTICA MOVIDA EL MOSQUEO

ES, como los bocadillos, variado, a pesar de su aparente e impoluta singularidad, el mosqueo. Se caracteriza por la aparición imprevisible, por lo contumaz de su acción tipo detergente modernísimo. Acostumbra a llegar como una luz en el negro horizonte de cada día, como una señal sombría, como una advertencia, tal el bordillesco caso de Ricardo Cid, para desdoblarse rápidamente tipo ameba, tal el caso conquense de Pilar Miró, prosiguiendo la mutación escalofriante y tal desaparición revista «Star» o gol postrero del Real Madrid en la puerta de Arconada.

POSEE el mosqueo, como ya quedó dicho, esa variedad de bocata rancio que lo puede hacer tipo mosqueo nacional-sindicalista en Maite Comodore, con Ian Gibson y Lara buscando a José Antonio en los ampulosos salones, con Vizcaino Casas vestido a la manera goyesca callede, hacen ya quince años, es decir: chaqueta azul blaiser, pantalón gris, con insignia de ex algo incorporada formalmente, acompañados todos de Luis Romero, con tema increíblemente original, o sea: «Cara y cruz de la República», con la sospecha mosqueante de aparición hedillista que no llegó a producirse, aunque postremente, hace cinco días, Juan Velarde Fuertes venga a ponderar la manipulación joseantoniana y diga que el Gibson carece de datos y que, como no ocurre en la canción, aquí todo es mentira.

Aunque de sabor más fresco, tipo quizá Licor del Polo, nada como el propiamente mosqueo profesional, aliñado con letras del aviador Dro y sus obreros especializados (¿dónde habré escuchado o leído yo este nombre por primera vez?): «Nuclear sí / Por supuesto. Nuclear sí / ¿Cómo no! Yo quiero bañarme en mares de radio / con nubes de estroncio, cobalto y plutonio / Yo quiero tener envolturas de plomo / Y niños deformes montando en sus motos... / ¿Nuclear? / ¡Sí! ¡Por supuesto! / ¿Nuclear? / ¡Sí! ¡Cómo no! El aviador y su ejército de zombies o peleles en el sol que más caliente, intercambiando actuaciones de miércoles noche con Radio Futura o Alaska y los pegamoides (y todavía me pregunto / ¿dónde habré

escuchado yo estos nombres por primera vez? / Ou yea).

Para entrar de plano en mosqueo ur-

bano-tal, con la sombra revoloteante de Roland Barthes, el escritor más aburrido de Europa, por lo menos, que ahora parece tener gran éxito en este país de necrófilos, que todos han leído a Roland menos yo, que le tuve que soportar telquelismos a tope en la moribunda Vincennes, «fac de», allá por los años del desconsenso, y me doy cuenta, tarde, que no, que Roland era maravilloso, modernísimo, y que yo estoy pasado-de. Menos mal que la cruel urbe, el Madrid calamitoso y caótico que se está perdiendo todo el cachondeo autonómico por la «jeró», nos devolvió a José María Álvarez en «La

Manuela», y nos leyó poemas otros del Museo de Cera, poemas que son a veces más maravillosos que los del libro y que sólo el tiempo ha sabido poner en su lugar exacto. Menos mal que quedan lugares como Birimbau (¿Lo tendré que leer en breve, Birimbau?), donde se escucha jazz fantástico por algunos duros la copa, ahora que «El Sol» es como un espécimen sobado y patético, como el conjunto de toda la neojilipoyez institucionalizada, con algún día alegre, quizá, cuando por él se asoma la adorable Carmen Martín Gaité.

Como resulta mosqueante e imposible comparar «El Sol» de Madrid con «La Paloma» de Barcelona, lo mejor es emigrar; o sea, conquistar la provincia, que es lo que, sin ánimo alguno de conquista, ha hecho Octavio Colis, pasando de teatrero, periodista y otras profesiones desconocidas, a pintor de toda la vida. Por la ventana de su estudio, «los pájaros han vuelto y han plegado sus alas sobre el lienzo», que diría el polifacético y encantador Moncho Alpente, a punto de sacar un elepé con los Kwai, y Octavio expone hoy mismo en la galería Fenicia, de Almuñécar: que hay que descentralizar la cultura, aunque ya Octavio llevara años descentralizando su obra en El Rastro de Madrid, hecho éste que no le ha impedido exponer hace algún tiempo junto a Miró y Dalí.

Y el mosqueo del consenso, el más mosqueante de los mosqueos, ha dejado para la ciudad un enorme margen de podredumbre, mientras los filósofos jóvenes y los menos jóvenes se lo hacen en Murcia, tipo copa, se supone, y Aragón nos ha entregado, generosamente, un increíble y desconocido novelista, habitante de la no menos generosa Almunia. El se llama José Barreiro Soria; su novela, «Zorrocotroco», accésit del II Premio San Jorge de novela, 1979. Baste una frase del libro para terminar de mosquearnos: «... Eso para que no vayas hablando por esos pueblos de lo que no debes.» No, si ya lo sé.



CEESEPE

## EL ESCRITOR HABLA DEL ESCRITOR

Escribe Victor ZALBIDEA

## LA MUSICA CELESTIAL DE POPPY

CUANDO apenas conocía a Poppy, un día, en «La fábrica de pan» (1), un día de esos que uno no sabe por qué vive, tuve ocasión de escuchar un relato suyo. Todos sabemos lo tedioso que puede resultar que a altas horas de la noche, cuando uno no sabe por qué vive, se pongan a leerle un relato, ¡cierto temblor de arañas!, como diría Santiago Otero, algo como así se revuelve en el fondo de uno, que está pensando qué hace en esta ciudad maldita, qué hace en esta existencia, y al mismo tiempo, qué es si no un vil filósofo postsocrático bien alimentado cuando se pregunta esto, mientras, ustedes lo saben, otros seres humanos sufren torturas y represión y uno no es más que un ser de esos que viven en «zona no caliente» y a las puertas de una democracia occidental de plástico y neón, como diría el otro.

PERO aquí llega Poppy con su tierna sonrisa y con su música celestial. No, no se trata de esa música que relata los oídos, sino de esa música que regalamos a los oídos de nuestro estupidizado y carcomido ser que ya no es nada y que tal vez tampoco deba serlo mientras todo esto no se revuelva (y no añado «amén» porque es de mal gusto).

Aquí llega Poppy con sus aires parisinos, de viejos cafés, descubriéndonos otra cosa, sin ocultar ésta que él conoce de verdad, y de repente nos mueve a aventuras exóticas increíbles, como si su tierra, que es Canarias, estuviera allí al lado, como si estuviera aquí ciertamente y sin esta culpa que nos hemos metido en el cuerpo.

Aquí Poppy, con todo su mundo a cuestas, con todo su saber estar, no sólo lindo, sino con ese sabor cosmopolita de «amigo, ¿qué pasa aquí? Todos sabemos

lo que somos. Estuvimos en el silencio alguna vez. Conocemos el asco de este mundo. Pero ¿qué tal si lo contemplamos de otra forma?»

¿No es esto una jugarreta de mala uva que nos han plantado?

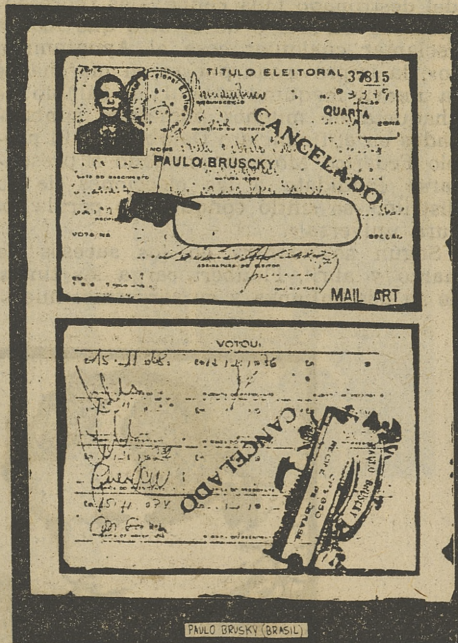
¿No es esto una jugarreta? Pues a qué tomarla como otra cosa. Un juego vamos a realizar en las mismas caras del ser, a ver si se resiste a ser El Mismo.

Poppy, que levanta su rostro entre las cabezas del Valle Otro, o de la Via Láctea, a la búsqueda del rollo, de la movida esa en que nos encontramos; busca sus amigos y a las chicas del Betty Boop, que suelen acercarse al Sol en las noches de Carnaby Street o del Barrio Latino.

—¡Ah!, sí; tú estabas allí, por eso cuentas tus historias tan de prisa.

Poppy se gira y se observa el pliegue transparente de su pañuelo azul.

—¿Quieres algo para las Betty Boop?



—Bésalas por mí.

De estrella en estruendo, como diría García Calvo; así del encanto intrascendente del vestido a la más inquietante turbación existencial en las tertulias, ahí encuentras a Poppy, recogiendo material del sueño de la misma basura o del entrecejo de las personas, porque Poppy, Poppy sabe cómo mirar al entrecejo; lo hace en el tercer ojo, ahí mismo.

Pero él es despreciado por los Mass-Media.

Eso que se pierden.

Increíble relato borgiano ese de Poppy; habrá que llamar la atención de Marcos Bernatán, nuevo Antonbreton apoyado por Lady Macheth (2). «Oiga, señores popes, que aquí hay un buen escritor; ustedes, que tienen una tirada mayor y que la gente los tiene en gran estima, oigan, ¿por qué no se fijan en estos relatos y por qué de paso no hablan de editoriales como ésta, Ediciones Libertarias, que ha editado el libro (3), en vez de hablar siempre de los mismos?»

Inútil; ellos permanecen sordos. Pero ustedes sentirán un prolongado placer con este libro de Poppy, «Música, cariño».

P. D.: Se me olvidaba decir que Poppy se lo trae muy callado. Pero ya verán. Cuando yo les diga que sus relatos son como poemas de Erza Pound ustedes me dirán: «Exagera...» ¡Exagerar! A ver si tienen un poco más de vergüenza y se gastan más dinero en libros en vez de gambas de cuando en cuando. Vamos, digo yo.

(1) «La fábrica de pan». Barra prolongada y salón al fondo con salamandra. La chica de la barra es «La Prima Angélica».

(2) «¡Y no lo decimos por mal!», que diría Quevedo.

(3) «Música, cariño», de Poppy. Ediciones Libertarias. Prólogo y epílogo: F. Saverter, Panero.



Escribe Leopoldo DE LUIS

## FERNANDO VILLALÓN Y "PEÑALABRA"



ESBOZADO en uno de sus «Romances del 800», iba para protagonista de un drama romántico, en verso, inédito y acaso conservado manuscrito entre los papeles de La Casona de Tudanca. Rafael Gómez Iglesias, el ejemplar conservador del archivo dejado a su muerte por José María de Cossío, habla del hallazgo de unos veinte folios, y escribe un completísimo ensayo sobre la poesía de Villalón, en la revista «Peña Labra». Villalón es un misterio de la generación del 27, y al exhumar textos suyos en facsímil, la revista de la Diputación de Santander hace un buen servicio a la crítica. En 1946 decía César González Ruano que Villalón no publica hasta 1926, pero «de que hubiera escrito mucho antes o no depende nada menos que un valor de ser precursor en la poesía andaluza, o imitador, aunque afortunado, de las fórmulas literarias que cultivó». Villalón es gongorino, garcilasiano, popular, taurino y táurico, tradicional y vanguardista. Ni el turbión del surrealismo le fue ajeno. Gran parte de los caracteres manifiestos en la generación se muestran en un poeta veinte años mayor que casi todos los integrantes del famoso grupo. Amigo de casi todos también, les acompañó durante ese lapso intensísimo que va de 1927 —cifra clave— en que publica «Andalucía la baja», hasta 1930, en que muere en un sanatorio madrileño. Era el año de la sublevación de Jaca —la antecala de la República—; Rafael Alberti acaba de publicar «Sobre los ángeles», y Lorca tenía a punto el «Poema del canto jondo». Medio siglo se cumple en esta primavera, y vamos camino del centenario de su nacimiento, coincidente en fecha con el de Juan Ramón Jiménez. Villalón no vivió más que cincuenta y un años y comenzó a publicar con cuarenta y cinco. Premonición: un lustro para su pira barroca, la precipitó. En ella se quema la cepa mejor de las raíces tartésicas y se chamusca el anca de azabache vivo de los toros de casta bronca: los que él crió —ganadero de las marismas del Guadalquivir, que quería conseguirlos con ojos verdes— y los que se internan por las veredas de la silva aconsonantada de «La toriada», su gran poema de 1928.

Don Juan Fermín de Plateros, entre gitanos, manolas, contrabandistas, bandidos, toreros y liberales en lucha contra el francés, es el bravo personaje que simboliza una epopeya del campo andaluz, en la estampa barroca y costumbrista que trazó don Fernando Villalón-Draiz y Halcón, conde de Miraflores de los Angeles.



NO conozco mucha bibliografía en torno a este interesante poeta y curioso personaje. No creo que la haya. Manuel Halcón, novelista y académico, publicó «Recuerdos de Fernando Villalón. Apuntes para la historia de una familia» (1941). José María de Cossío le puso prólogo a una antología de 1944. Ahora, el ensayo de Rafael González me parece definitivo. Se analiza obra por obra y, entre los juicios de valor, se asegura algo muy cierto: que Villalón es, con García Lorca, quien ha cantado más hondamente los mitos de Andalucía. Si añadimos que Gómez Iglesias ofrece unos sonetos inéditos, del poeta ganadero, se comprenderá la categoría de su aportación.

LAS antologías suelen buscar al Villalón de los romances, donde, como Lorca, en efecto, se adensan esencias andaluzas, estampas de paisajes peculiares, luces, colores y hasta casi perfumes y sabores de la geografía bética. Jara serrana y sal de las marismas. Hay otro Villalón grandilocuente, que invoca las «aras sacras» de una tradición romana y fenicia, en nombre de Hispalia y de Gádex. Es un aspecto curioso que supo ver González Ruano, emparentándole lejanamente con el barroquismo imperial de Ramón de Bastera. Pero esas luchas de toros en plena campiña, descritas entre alusiones mitológicas y por medio de hiperbatons del más puro Góngora, hacen de «La toriada», para mí, su poema más atrayente. Y pienso que versos como «en los córneos castillos aguzados / erizan sus testudes como almenas» van a relacionarse con aquellos de Alberti: «Se enhebraron un duro pensamiento / las no floridas puntas de su frente», y con los de Miguel Hernández: «Son en el nacimiento de sus cuernos / pensamientos de muerte edificadas». Con pagana liturgia, el garrochista aristócrata piensa que es «selvática oración la de los toros / al sol...», y exalta el totem hispánico, el símbolo táurico esencialmente andaluz.

LA doble efemérides del autor de «La toriada»: siglo de su nacimiento, medio siglo de su muerte, actualiza el estudio de su obra. A ver si don Juan Fermín de Plateros baja, por fin, a visitarnos, desde la Casona de Tudanca.

### «REPUBLICA DE LAS LETRAS»



CON el título de «República de las Letras», la Asociación Colegial de Escritores tiene ya su órgano oficial. Se trata de una publicación que quiere ser, a la vez que boletín informativo de sus actividades, una revista literaria que trate las cuestiones fundamentales que afectan al escritor y que se refieran a la vida cultural del pueblo español. Hay una parte en este propósito que corresponderá a los intereses morales y materiales de la profesión, entendiendo la dedicación literaria como cualquiera otra del trabajo de los españoles. Y habrá otra atenta al hecho literario en sí en toda su amplitud, sin cortapisas ideológicas o de grupo. También figura entre los propósitos el establecimiento de relaciones de amistad y cooperación entre los escritores de todas las lenguas y naciones «no sólo a efectos meramente profesionales —se dice en el editorial—, sino a promover un más intenso intercambio cultural entre los pueblos, cada día más necesario si de verdad queremos la paz en la familia humana». Ambiciosa y plausible empresa, a la que todos debemos prestar nuestra cooperación. En este primer número se publica el texto de la ponencia sobre la Editora Nacional que Ramón Hernández leyó en el I Congreso de Escritores de Almería, «Presente y futuro de la Asociación Colegial de Escritores», por Andrés Sorel; un trabajo de redacción titulado «Reflexiones sobre

derecho de autor del libro»: «Nuevos estatutos», por Juan Mollá; «Prohibido escribir novelas», por Raúl Guerra Garrido; «Asturias, un congreso regional», por Víctor Alperi; «Escritores andaluces en Andalucía», por José María Abad de Soto; «El País Valenciano y su conflictividad asociativa», por E. Cerdán Tato; «Quevedo, novelista», por Antonio Martínez Menchén, y unas breves notas y noticias de libros españoles.

Forman el consejo de redacción Eduardo de Guzmán, Ramón Hernández, Angel María de Lera y Andrés Sorel, y el comité de dirección está constituido por Carmen Conde, Antonio Ferrés, Francisco García Pavón, Alfonso Grosso, Eduardo de Guzmán, Ramón Hernández, Angel María de Lera, Juan Mollá y Andrés Sorel. La dirección, redacción y administración están situadas en el edificio del INLE, Santiago Rusiñol, 8, Madrid-3. Teléfonos 233 09 02, 233 45 01 y 233 08 02.

### Organizado por el PEN Club CICLO SOBRE NUEVAS TENDENCIAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

TRAS año y medio de labor en pos de su principal objetivo, la defensa de la libertad de expresión, el capítulo español del PEN Club inicia nuevos programas de actividades encaminadas a la difusión y al intercambio cultural internacional. Dentro de esta nueva etapa, y en colaboración con el Centro Iberoamericano de Cooperación, el PEN ha organizado un ciclo sobre «Literatura española: nuevas tendencias», en el que un amplio espectro de jóvenes escritores tratarán de examinar las tendencias novelísticas y poéticas que se abren camino entre las generaciones jóvenes.

El ciclo, que tendrá lugar en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, se iniciará el día 15 de abril, dedicado a novela, con la participación de J. M. Vaz de Soto, Germán Sánchez Espeso y J. J. Armas Marcelo y con Carlos Barral como coordinador. El jueves 17, dedicado a poesía, intervendrán J. Miguel Ullán, A. Martínez Sarrión y J. A. Gabriel y Galán, con Juan García Hortelano como coordinador. El martes 22, nuevamente dedicado a la novela, contará con la participación de Alvaro Pombo, Mariano Antónín y Juan José Millás, con Rafael Conte como coordinador. El jueves 24, Antonio Colinas, Jaime Siles y Guillermo Carnero se ocuparán de poesía, con la coordinación de Joaquín Marco. El martes 29, novela, con Javier Marías, J. M. Guelbenzu, Lourdes Ortiz y Fernando G. Delgado, con la coordinación de Luis Suñén. Por último, el miér-

coles 30, intervendrán Luis Antonio de Villena, Ricardo Irigoyen, Antonio Carvajal y José María Álvarez, actuando de coordinadora Fanny Rubio.

Calificado de «banco de pruebas», los participantes en el ciclo han sido seleccionados por la directiva de escritores del PEN club: Suñén, Cano, Grosso, Barral, Aurora Albornoz, Conte, Caballero Bonald, Armas Marcelo y Pepe Esteban. Trata de ser un primer acercamiento a la literatura joven y será seguido por otros ciclos en colaboración con organismos culturales y editoriales. Otro de los proyectos en estudio es un nuevo ciclo titulado «Literatura mexicana, hoy».

Asimismo, el PEN club se propone editar un boletín informativo cuatrimestral en el que una parte crucial estará constituida por la situación internacional de los escritores del mundo que se hallan en prisión o sufren censura o persecución a causa de su obra y tendrá especial incidencia en el área de habla hispana. El primer número, que saldrá aproximadamente en junio, reproducirá un informe sobre la situación de la libertad de expresión en el continente americano.

Por último, los miembros del PEN club informaron de su intención de ultimar la celebración de una conferencia sobre libertad de expresión en literatura de Lengua Española.

### «LA SEMANA DE BELLAS ARTES»

AUNQUE con el lógico retraso de la distancia, hemos empezado a recibir con regularidad la publicación mejicana «La Semana de las Bellas Artes», que publica y distribuye gratuitamente la Dirección de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes, que patrocinan las industrias del país acogidas a protección estatal o de ella derivadas. El último número que tenemos en las manos trata de los premios nacionales de Artes y Ciencia en 1979, que han sido concedidos al escritor Juan José Arreola, al sociólogo Gonzalo Aguirre Beltrán, a la coreógrafa y bailarina Guillermina Bravo, al investigador de Tecnología y Diseño Juan Celada Salmón y al historiador y antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán. Los textos son sobre y de estas figuras tan eminentes, galardonadas con la más alta distinción que la República otorga en los campos de la literatura, las bellas artes, las ciencias sociales, las ciencias naturales y la tecnología. Por noticia de Manuel Andújar —sin duda autor de la iniciativa de estos envíos—, sabemos que esta publicación, a la que se siente tan vinculado y en la que han figurado importantes textos suyos, se distribuye figurando como suplemento de algunos periódicos, amén de otros canales de comunicación. Suelen figurar narraciones, poemas, entrevistas y traducciones de obras literarias de los más diversos países. Una labor cultural realmente importante debida a una feliz iniciativa oficial.



Escribe SANTOS AMESTOY

## NUEVA YORK, CAPITAL DEL ARTE (2)

CONVERSACION  
CON  
PLACIDO  
DOMINGO

(Viene de la primera de este suplemento.)

—¿Te parecería conveniente que empezáramos recordando tu biografía, ya que eres madrileño y has tenido, por así decirlo, que exiliarte para cantar y para llegar a ser el tenor Plácido Domingo?

—Me parecería bien si con ello creyera que podía explicar, para contribuir a su mejora, la situación de la ópera en España. Pero me sucede que esa entrevista ya la he contestado otras veces, y que, sin embargo, ya no soy nada optimista al respecto. Estoy muy desanimado. Estoy a punto de pensar que no hay nada que hacer.

—Sin embargo, vas a ir a España en seguida, a hacer una ópera.

—Sí. El mes que viene. Voy a estrenar una ópera de Torroba sobre la vida de Espronceda, que fue un poeta que también vivió el forzado exilio. Yo no soy un exiliado, porque vivo en Barcelona, aunque para cantar tenga que estar la mayor parte del año fuera. Es más, incluso he vuelto a España creyendo que se podía hacer algo más con la ópera, y, sin embargo, no he parado de recibir golpes, sobre todo de algunos ignorantes con apariencia de críticos.

—¿Te ha tratado mal la crítica española?

—¡Oh, sí! Han dicho que volvía a España a enriquecerme.

—¿En qué clase de negocio te habías metido? No sería operístico...

—Ocurrió que acepté, lleno de ilusión, acudir a un homenaje a Lauro Volpi, que se hacía en el Real, y, efectivamente, no debía haber cantado. Se me llevó a España precipitadamente. El día anterior había hecho una función en el Covent Garden, y había grabado por la mañana. También estaba cansado cuando me llevaron a un concierto de beneficencia, que hice para la entonces Princesa... El director de orquesta, llegado el momento, tampoco me ayudó demasiado. Si hubiera sido uno de más experiencia hubiera salvado la situación.

Pero, en fin, que en España, donde no hay ópera, donde nadie hace nada por ella, donde no se me oye ni a mí ni a ninguno de los cantantes del momento, algunos de los cuales somos, qué casualidad, españoles, se me sigue reprochando aquel cansancio entusiasta que derroché entonces. Así que, efectivamente, no iré más a esos montajes tan incómodos y de desastrosa organización, en los que hay que cantar nada más llegar. Iré solamente cuando me encuentre preparado y descansado.

—Si un chico español quiere cantar y sueña con que le ocurra lo que a Plácido Domingo: llegar a que los críticos internacionales (como te acaba

EL  
DESENCANTO  
DEL MEJOR  
TENOR  
DEL MUNDO

de suceder con el del «New York Times») le proclamen el mejor tenor del mundo, ¿qué consejo le darías?

—Desgraciadamente, hay buena calidad, buenas facultades, en España. La muestra no soy precisamente yo. Hoy, en el mundo, suenan los nombres masculinos y femeninos de una pléyade de cantantes españoles. Pero he dicho «desgraciadamente» porque mi único consejo a los que empiezan ha de ser que no se queden en España. Si se quedan no llegarán a ningún sitio, y sus facultades no lograrán todo su rendimiento. No me gusta ponerme como ejemplo, pero ya que me fuerzas a ello, diré que no dejen de dedicar un solo día a la música. Eso es lo que yo sigo haciendo. Cada uno de los días de mi vida está entregado ya a la música.

—Desde tu punto de vista, ¿cuáles son esos sitios a los que hay que ir para ver y oír buena ópera?

—Hay cuatro naciones

a la par: los Estados Unidos, y, en concreto, Nueva York; Inglaterra, Londres; Austria, Viena, y Alemania, digase Hamburgo, digase Berlín, digase Munich.

—¿Te gustaría cantar otra vez teniendo como director de orquesta a López Cobos?

—Claro que me gustaría, y vamos a trabajar juntos. El año que viene tengo una serie de funciones con él en Berlín. Haremos «Otelo», «Tosca», «Cavalleria», «Payasos» y «Trovador», y lamento que no tengamos más tiempo, porque, además de un compatriota, López Cobos es una de las primeras batutas del mundo y un gran amigo.

—El primer tenor del mundo, ¿se considera a sí mismo más lírico o más dramático?

—Sabes que mi máxima, hasta ahora, ha sido mezclar el repertorio. Esta temporada ha sido definitiva en el Metropolitan, porque he hecho las tres puntas más diversas y más difíciles para el tenor, que son el «Otelo», el «Ballo



■ “Sólo volveré a cantar en España cuando me encuentre descansado”

■ A los jóvenes cantantes: “Si se quedan en España no llegarán a ninguna parte”

■ “Voy a ir a España a estrenar una ópera de Torroba sobre Espronceda, poeta que también hubo de vivir el forzado exilio”

■ “Vamos a promocionar nuestro género lírico en el Metropolitan de Nueva York y estoy seguro de que habrá bofetadas para entrar”

«n máscara» y «Manon Lescaut».

—Ya sabes que parece estar cayendo en desuso aquella condenación que nuestros escritores del noventa y ocho arrojaron sobre nuestro género lírico, sobre la zarzuela, y sobre todo sobre el interesantísimo género chico, y que se asiste al intento de su recuperación.

—¡Ojalá se hiciera de verdad! Sería un buen semillero para cantantes. Ahí empecé yo y tantos otros... Pero me da la impresión de que nadie verdadero interés en hacerlo, y en hacerlo bien.

—Me parece que en el teatro de la Zarzuela ha habido algunas temporadas... O no prefieres opinar.

—La verdad es que no he sido testigo directo. Pero por lo que me han comentado, no ha sido nada interesante. He visto en alguna ocasión un «Rey que rabió» con no mucha fortuna. Verdaderamente, no puedo opinar, pero tampoco ser optimista en este sentido.

—Mi pregunta se justifica además porque he oído hablar de que aquí, en Nueva York, vas a presentar, o, como se dice ahora, promocionar, nuestro género lírico. ¿Es cierto?

—Andamos algunos españoles, en verdad, hablando de ello. Me lo propuso Aquiles García Tuero, y a mí me pareció bien en el acto. Juntaríamos un buen elenco de cantantes españoles, y sería un éxito.

—¿Crees que gustaría aquí?

—¡Habría bofetadas para entrar!

—¿Se crearía una gran compañía de cantantes españoles?

—Supongo que sí, aunque mi ayuda, como te puedes figurar, será artística, y no organizativa. Supongo que quienes lo gestionen sabrán recabar la financiación de los organismos correspondientes y llamar a quien haya que llamar. Pero será, ya lo verás, un éxito.